

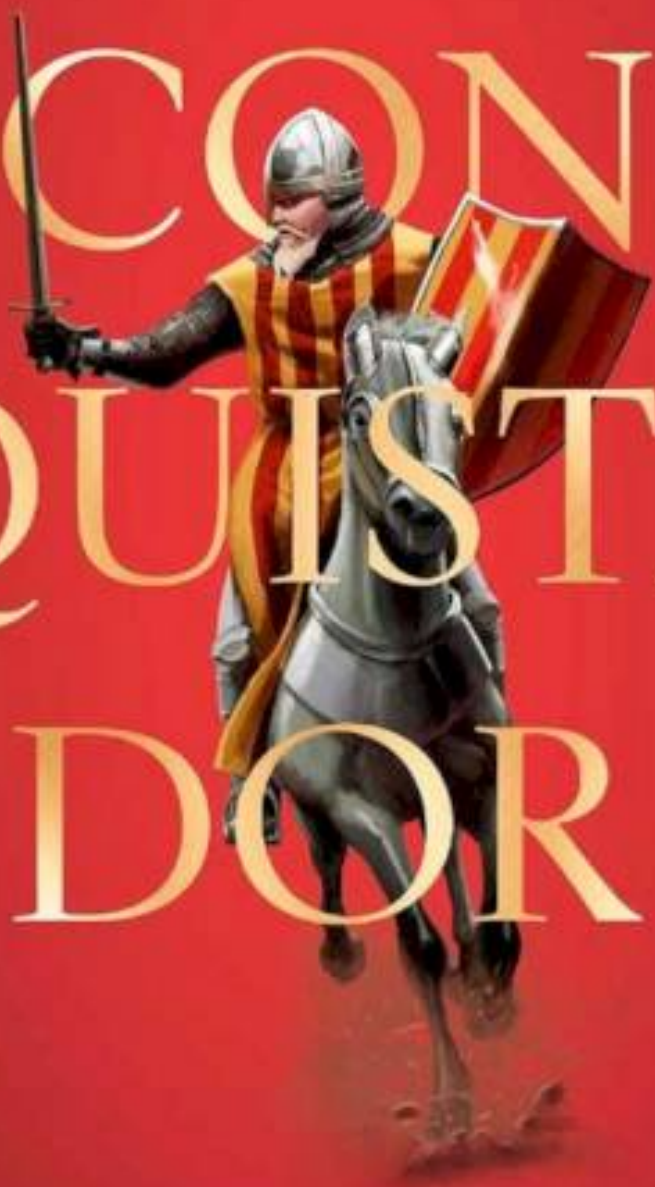
JOSÉ LUIS CORRAL

EL

CON

QUISTA

DOR



Ningún soberano gobernó en España tanto tiempo como él, ninguno ganó tantas batallas, ninguno conquistó tantos reinos como Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, de Valencia y de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel, señor de Montpellier.

Esta es su prodigiosa historia, su asombrosa vida de novela, su apasionante leyenda en el tiempo más brillante de la Edad Media.

Con la maestría narrativa que lo caracteriza, el catedrático de Historia Medieval y novelista José Luis Corral despliega ante los ojos del lector una fascinante historia de conquistas, rivalidades y pasiones que resulta imprescindible para comprender la configuración de la España contemporánea y rebatir, con el rigor del relato histórico impecablemente documentado, el mito independentista de la mal llamada «Corona catalano-aragonesa».

Índice de contenido

Cubierta

El conquistador

Preámbulo

LIBRO I REY TEMPLARIO (1204-1229)

- 1 El rey no ama a su reina
- 2 Rechazar a una reina
- 3 Nace el heredero
- 4 La batalla decisiva
- 5 La última batalla
- 6 El castillo del Temple
- 7 El rey en su reino
- 8 Los años de paja

LIBRO II REY CONQUISTADOR (1229-1255)

- 9 La conquista de Mallorca
- 10 Conquistar Valencia
- 11 La conquista de Valencia
- 12 El reparto de Valencia
- 13 Tiempo de pactos
- 14 Nuevos problemas
- 15 Los amores del rey
- 16 Una mirada lejana

LIBRO III REY CRUZADO (1256-1276)

- 17 Las dudas del rey
- 18 El otoño del rey
- 19 Horizontes abiertos
- 20 Los mongoles
- 21 La cruzada del rey de Aragón

- 22 Sueños rotos
- 23 La última amante
- 24 El ocaso del Conquistador

Nota del autor

Personajes históricos

Bibliografía[1]

Cuadros genealógicos

Mapas

Sobre el autor

Notas

Preámbulo

Año 1137, una niña de un año de edad es ofrecida como esposa a un hombre de veintitrés. La pequeña se llama Petronila y es hija de Ramiro II el Monje, rey de Aragón; el joven es Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona.

Cuando Petronila alcanza la mayoría de edad legal para casarse, el matrimonio se celebra y de ese enlace nace Alfonso II, el primer heredero de la unión dinástica del reino de Aragón y el condado de Barcelona. Así se gesta la Corona de Aragón, una formación política sin igual en la Europa medieval.

Alfonso II el Casto se casa con Sancha, hija de Alfonso VII de León, y engendra a Pedro II el Católico, quien, a su vez, contrae matrimonio con María de Montpellier. Fruto de esta relación, y en circunstancias legendarias, nace Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, de Valencia y de Mallorca, conde de Barcelona y de Urgel y señor de Montpellier.

Esta es su prodigiosa historia, su asombrosa vida de novela, su apasionante leyenda.

**LIBRO I
REY TEMPLARIO
(1204-1229)**

1

El rey no ama a su reina

Montpellier, 15 de junio de 1204.

El rey Pedro no ama a la reina; no la ama.

Ama a otras mujeres, a muchas mujeres, pero no a la reina; a la reina no.

Las mujeres lo aman; todas las mujeres.

¿Cómo no van a amarlo?

Compone versos galantes, canta canciones, sueña con lidiar mil batallas y que los trovadores declamen sus extraordinarias hazañas, sus prodigiosas victorias y sus gestas gloriosas.

El rey es un caballero alto y fuerte; tiene el cabello rubio, herencia de sus antepasados del norte, y los ojos negros, de su sangre bizantina.

Es hijo de Alfonso, el monarca trovador, y de doña Sancha, la princesa que viene de Castilla. Es rey de Aragón y conde de Barcelona.

Él es el rey, pero no ama a la reina; no la ama.

María aún no cuenta veinticinco años, pero está casada tres veces. La primera, apenas cumplidos los dieciséis, con el vizconde Barral de Marsella, muerto al poco tiempo; la segunda, con el conde Bernardo de Cominges, al que da dos hijos pero al que renuncia porque quiere ser la esposa de un rey; su boda con Pedro de Aragón es la tercera.

Pedro tiene veintiséis y este es su primer matrimonio.

Los nobles de Aragón y de Cataluña le dicen que debe casarse, enseguida, que debe tener un heredero, cuanto antes; y elige a María, señora de Montpellier, sobrina del emperador de Constantinopla.

Es una Comneno, la dinastía que gobierna el Imperio romano de Oriente desde hace dos décadas, la que funda esa misma primavera el nuevo Imperio de Trebisonda porque los cruzados ocupan Constantinopla, la saquean y se instalan en esa ciudad, la Nueva Roma, su propio Imperio.

María es la señora legítima de Montpellier; su medio hermano Guillén acaba de renunciar a sus derechos y admite que ella sea la única dueña; mucho tiene que ver el acuerdo de boda con el rey de Aragón.

Corre el día 15 de junio del año del Señor de 1204; Pedro y María firman las capitulaciones matrimoniales y sellan su unión en la casa del Temple de la ciudad de Montpellier, el señorío de María, la ciudad independiente que se aporta como dote a su boda. A cambio, el rey Pedro le concede a su esposa el condado de Rosellón, pero sobre todo le promete que no la repudiará jamás; y lo confirma ante testigos.

La reina no es una mujer hermosa. El rey Pedro no la ama. Ama a otras, a hermosas mujeres a las que susurra poemas propios y entona canciones de los trovadores de Occitania, un reino imaginario que el rey de Aragón anhela construir para su gloria.

Pedro no quiere casarse, no desea ser el hombre de una sola mujer, ni siquiera el de una reina. Pero debe hacerlo, todos los reyes lo hacen. Aragón y Barcelona necesitan un sucesor, un príncipe legítimo que garantice la pervivencia del linaje de la familia real. No puede ocurrir otra vez, como cuando Aragón queda sin rey porque Alfonso el Batallador no engendra hijos. No, ahora eso no puede ocurrir. La tierra precisa de un rey y el rey de un heredero.

María ya es reina de Aragón. Esa noche espera a su esposo en la cámara real de su palacio de Montpellier. Medianoche. El rey no llega. La puerta de la alcoba de la reina permanece cerrada. Nadie llama. Nadie.

Pedro yace con otra mujer, más bella, más joven. El rey de Aragón acaricia los cabellos de Azalais, dorados como las mieses a fines de junio, que a luz de los velones resplandecen como si fueran de oro. Satisfecho, entrelaza en sus dedos los mechones rizados de su joven amante.

La reina espera en palacio. El rey no llega a ella esa noche. La primera noche.

Pasan juntos los siguientes meses del verano, pero él no visita la alcoba de la reina.

No la ama.

—Iré a Roma —anuncia de repente el rey Pedro, que acaba de confirmar las costumbres y privilegios de los ciudadanos de Montpellier, sus nuevos súbditos, a los que quiere ganarse pronto.

—¿A Roma? —Se extraña el mayordomo real, con el que comparte un banquete amenizado por dos músicos que tocan un laúd y un armonio tan pequeño que un hombre puede llevarlo debajo del brazo.

—Quiero ser coronado por el papa.

—Para ser rey no es necesario...

—Lo sé. De todos mis antecesores en el trono, solo mi tatarabuelo el rey Sancho fue a Roma a postrarse ante el papa, pero lo hizo porque necesitaba su bendición apostólica para que nadie pusiera en duda su legitimidad. La mía no está en cuestión, pero, como dicen esos fatuos consejeros griegos que vinieron con la madre de mi esposa desde Bizancio: «La corona hace al rey». Escribid al papa Inocencio; este otoño seré coronado por él en Roma.

—Costará dinero, señor, y las arcas de vuestra majestad no están precisamente bien cumplidas.

—Utilizaremos el dinero de mi esposa. Montpellier es un rico señorío.

—Eso disgustará a sus ciudadanos.

—Qué mejor destino para el dinero de esos comerciantes que la coronación de su rey.

Roma, noviembre de 1204.

Cinco galeras zarpan de Montpellier mediado el otoño; dejan a estribor el Estanque del Oro y ponen rumbo a Génova. El rey Pedro va a ver al papa Inocencio, que acepta coronarlo en Roma mediado noviembre. Lo acompaña su tío, el infante don Sancho, conde de Rosellón y de Cerdeña.

En Marsella, de camino a Roma, Pedro se encuentra con su hermano Alfonso, conde y marqués de Provenza; ambos carecen de herederos, de modo que acuerdan serlo el uno del otro en tanto no tengan hijos. Allí se enteran de la muerte del rey de Hungría, esposo de Constanza, hermana de ambos.

Génova recibe al rey de Aragón con grandes fiestas, pero tiene que zarpar enseguida hacia el puerto de Ostia, desde donde se dirige con las cinco galeras que lo escoltan río Tíber arriba, hacia Roma.

La urbe de los césares y de los papas no es la que espera. La ciudad, antaño la más populosa y rica del mundo conocido, se encuentra sembrada de ruinas cubiertas por arbustos y matojos, donde los lagartos toman el sol sobre los enormes bloques de mármol que un día forman la arquitectura de edificios formidables y al siguiente se sumen en el olvido. Entre la descuidada vegetación surgen restos de la antigua grandeza imperial: muros de enormes sillares, columnas rematadas por capiteles, arquitrabes y cornisas, templos vacíos, derruidos o convertidos en iglesias, antiguos palacios de senadores que ahora son conventos, y

teatros y termas entre cuyos poderosos vestigios malvive una población marginal.

El papa recibe a la comitiva aragonesa en el Vaticano, un complejo arquitectónico formado por un palacio, varios edificios anexos y una basílica en la orilla derecha del río Tíber, donde antaño se alzaba un circo pagano.

Hace ya casi siete años que el papa Inocencio se sienta en la cátedra de San Pedro. Es uno de los pontífices más jóvenes en alcanzar el puesto más alto de los eclesiásticos. Tiene cuarenta y cuatro años, la experiencia suficiente, la fuerza necesaria y los arrestos oportunos para regenerar la Iglesia que varios de sus antecesores dejan como una cloaca infecta.

El rey de Aragón atraviesa con pasos amplios y seguros el largo pasillo enlosado con mármol rojo del palacio Vaticano hasta llegar a la sala donde lo aguarda el papa.

Inocencio viste una túnica roja y una estola dorada bordada con cruces áureas cosidas con hilo de seda negra. Se cubre con la tiara pontificia, un gorro cónico de seda amarilla orlada con brocados geométricos y una cenefa roja.

Es alto, pero no tanto como Pedro; su rostro, alargado y bien afeitado, a diferencia de la mayoría de los papas que aparecen pintados con barbas, emana autoridad. Su mirada segura denota serenidad. Los ojos, redondos y grandes, aunque demasiado juntos, miran con firmeza al monarca.

Pedro tampoco luce barba. Nunca lo ha hecho. Toma esa moda de uno de los trovadores de la corte de su padre, el rey Alfonso. Suele rasurarse casi todos los días con la ayuda de un barbero, que también le corta el cabello dejándolo crecer justo por debajo de la nuca, sin que llegue a la altura de los hombros. Acostumbra a llevarlo recogido por detrás de las orejas, para que así luzca con amplitud todo su bello rostro, que tanto gusta a las mujeres. Viste Pedro una lujosa túnica a bandas horizontales de colores rojo y azul, con brocados circulares. Se protege del húmedo otoño romano con una capa de terciopelo carmesí forrada

con piel de armiño que se sujeta a los hombros con dos broches de oro.

—Santidad, como rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier, os agradezco que me hayáis otorgado el honor de coronarme, como ya hiciera vuestro antecesor el papa Alejandro con mi antepasado el rey don Sancho.

El rey de Aragón inclina ligeramente la cabeza ante el papa, que se levanta con toda dignidad y toma las manos de Pedro entre las suyas. De pie frente al rey de Aragón, se sorprende por la altura de este, un palmo por encima de la mayoría de los hombres que allí se congregan.

—Sé bienvenido, hijo amado de la Iglesia, y recibe nuestra bendición. —Inocencio abraza a Pedro, lo besa en la boca y lo bendice con su mano derecha dibujando en el aire la figura de una cruz.

Los dos hombres, el papa y el rey, la cruz y la espada, se miran con confianza. El papa invita al rey a que lo acompañe a dar un paseo por los jardines del Vaticano. Ambos se necesitan. Inocencio no tiene buenas relaciones con otro gran reino cristiano de Hispania, el de León. Declara nulo de pleno derecho el matrimonio de su rey Alfonso con la princesa Berenguela de Castilla y tilda de hijo espurio, es decir, bastardo, a Fernando, fruto de esa unión ilegítima ahora deshecha. Este papa alega y sostiene ante los poderes temporales que es la voluntad de Cristo la que otorga al apóstol Pedro y a sus sucesores la total preeminencia sobre los soberanos cristianos de este mundo.

—En el evangelio de Mateo —le explica el papa al rey de Aragón mientras caminan entre parterres de arbustos aromáticos—, queda claro que Nuestro Señor Jesús le concedió a san Pedro la plena potestad para hacer y deshacer en la tierra, de manera que todos los reinos cristianos deben someterse a Dios. Vos, don Pedro, sois rey de Aragón por la gracia divina y nos somos el único intérprete de la

voluntad del Padre Eterno y su representante sobre este mundo.

—Y así lo acato, santidad. Por eso os escribí con el deseo de que fueran vuestras manos las que me coronaran en esta santa ciudad.

—Está todo preparado. Mañana seréis coronado en la iglesia de San Pancracio. Supongo que ya os han explicado todo el ceremonial.

—Mi tío, el infante don Sancho, hermano de mi padre, el rey don Alfonso, se ha encargado de ello.

Inocencio se detiene un instante. Pasa su mano por encima de un plantel de hierbabuena, toca las hojas ya casi marchitas en aquellos días de comienzos de noviembre, se impregna la palma de su agradable aroma y la huele con cierto deleite.

—Mis antecesores en la cátedra de San Pedro no permitieron que los reyes de Hispania acudieran a la guerra justa en Tierra Santa hasta que la última porción de ese territorio quedara en manos cristianas. ¿Culminaréis vos esas conquistas?

—Sí, santidad, en la parte que me corresponde, así lo haré. Pero no está en mi mano acabar con todo el dominio musulmán en la tierra que los sarracenos llaman Al-Andalus. Según los tratados firmados por nuestros antecesores, me corresponde ganar los reinos de Valencia y Mallorca y después participar con otros caballeros de Cristo en la empresa de ultramar y combatir a los enemigos de Dios allá donde se encuentren, hasta acabar con todos ellos.

—En ese caso, os concederemos la bula de cruzada, bendeciremos vuestra espada y os otorgaremos la potestad de combatir a los infieles en el nombre de Dios. Pero no solo a los infieles de la secta mahomética, también lucharéis para acabar con la herejía que corrompe a los cristianos en el Languedoc.

Aquella mañana del 11 de noviembre luce radiante. El sol ya no brilla en Roma con la intensidad de los calurosos días del estío, pero calienta mucho más que en las frías sierras del sur de Aragón o en los altos valles del Pirineo, donde en esas fechas ya están cayendo las primeras nieves.

—¿Todo preparado? —Demanda el rey a su tío.

—Listo —ratifica Sancho—. Hoy serás coronado por el mismísimo papa de Roma; serás el primer rey de Aragón en disfrutar de semejante honor. —El infante Sancho ajusta las correas del peto que cubre el pecho de su sobrino—. Magnífico.

En verdad que la figura de Pedro es formidable. A sus veintiséis años está en la plenitud de su fuerza y de su vigor. Su considerable estatura, su pecho poderoso y sus fornidos brazos, fruto del ejercicio que desde niño realiza en el palenque manejando las armas para el combate, modelan unos músculos magníficos. Es uno de los pocos caballeros de su tiempo capaz de manejar con una sola de sus manos la pesada pero contundente hacha de guerra. Aunque sigue sin librar batalla alguna, para lo que cree estar bien preparado.

Pero hoy no habrá ningún combate. Hoy se corona como rey.

Los integrantes aragoneses y catalanes de la comitiva real salen de las casas donde se alojan en Roma, una residencia palaciega al pie de la colina del Janículo, la octava colina de la urbe. Dos centenares de romanos se echan a la calle por donde discurre la antigua vía Aurelia y comentan curiosos el porte de aquel personaje rubio y alto que cabalga sobre un enorme corcel de batalla rodeado de varios caballeros, uno de los cuales enarbola un estandarte con los colores rojo y amarillo del papa. No saben que hace ya mucho tiempo, cuando ninguno de ellos es nacido siquiera, otro rey de Aragón visita Roma para rendir homenaje de fi-

delidad al papa y recibir de su mano esos colores que desde entonces constituyen el emblema de los reyes aragoneses.

Cuando la comitiva real llega ante las puertas de la basílica de San Pancracio, el gesto del rey se tuerce. Se trata de una modesta iglesia, una de las basílicas menores de Roma. Ni siquiera está dentro de los muros de la ciudad de los césares, ni siquiera en el modesto barrio del Trastévere, sino en las afueras de la puerta que da acceso a ese espacio murado.

Pedro mira airado a su tío Sancho, que le devuelve el mismo gesto contrariado.

—Imaginé un templo más grande, más adecuado a la coronación de un rey —comenta.

—¡Qué importa eso! Lo que ahora cuenta es que vas a recibir la corona de manos del papa, lo que te convierte en el monarca más destacado entre todos los de la cristiandad.

La comitiva se detiene ante la puerta de la modesta basílica. Ante ella esperan dos cardenales, media docena de presbíteros, algunos monjes y una docena de guardias del papa.

—Roma da la bienvenida al rey de Aragón y conde de Barcelona —saluda uno de los cardenales.

—Que os lo agradece —repite Pedro, que baja del caballo para saludar al comité de recepción.

—Su santidad aguarda vuestra presencia ante el altar, majestad.

—Pues entremos raudos; no lo hagamos esperar.

El papa Inocencio viste una dalmática pontifical de seda verde con brocados de hilo de oro sobre un colobio blanco y cubre su cabeza con la tiara papal.

A su lado, sobre un almohadón de terciopelo rojo, están depositados los objetos y los símbolos de la realeza: el